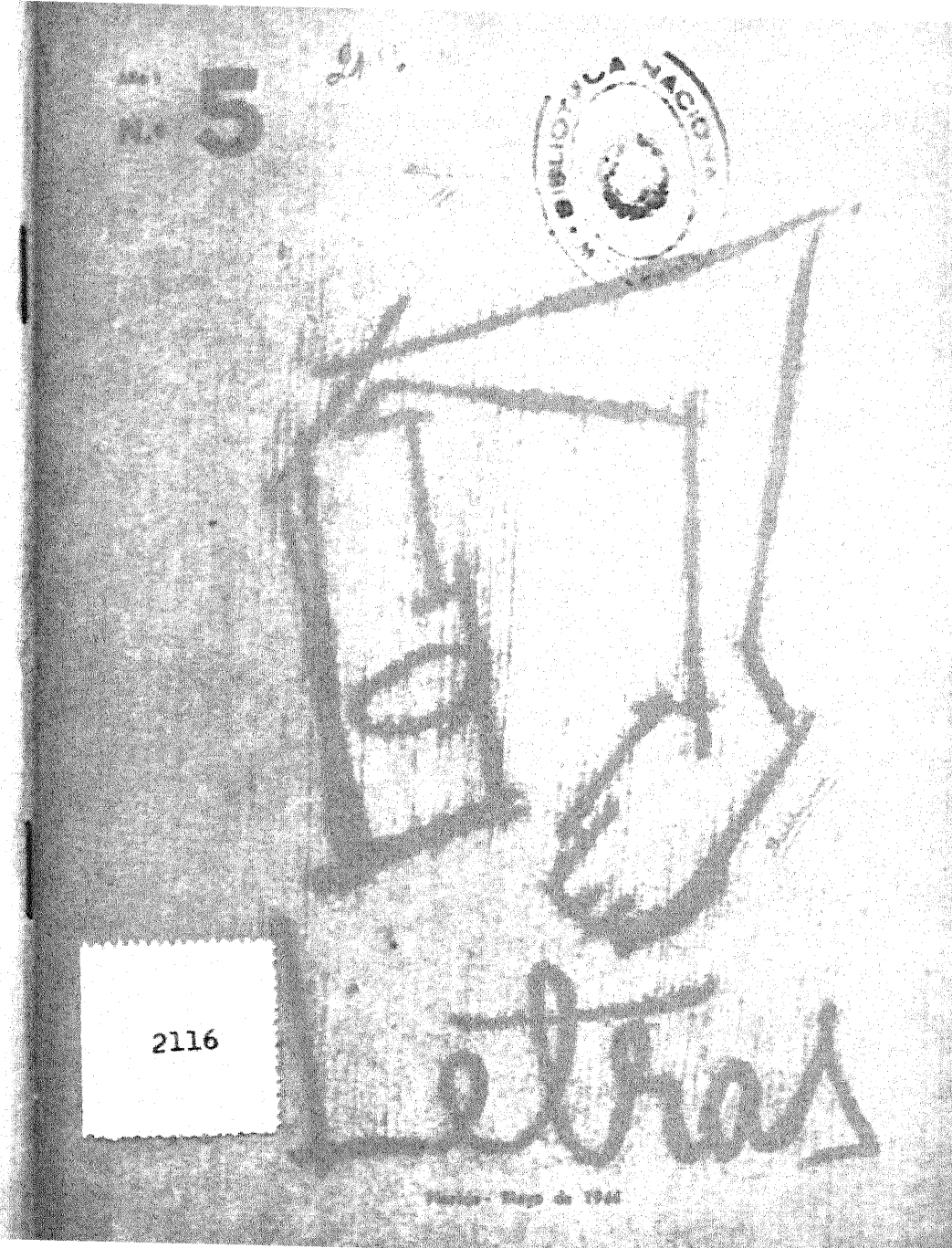


<p>LIBRERIA "América Latina" Distribuye LETRAS en 18 de Julio 2043, G. (Galería Territorial) Montevideo</p> <p>★</p> <p>Agente en Florida: J. A. Cabrera (A. Artigas 375)</p>	<p>CURTIEMBRE</p> <p>El Aguila</p> <p>de Wallerstein Hnos.</p>
<p><i>Hugo Núñez Ibarra</i></p> <p>Local EL OMBU</p> <p>Ferias días 3 y 16 de c/mes</p> <p>Gallinal 587 Florida</p>	<p>BANCO DE CASUPA</p> <p>José E. Rodó 429</p>



2116

S U M A R I O

	Pág.
Dos poetas y Artigas — Romulo Cosse	1
Fatalidá — Nelson A. Viera	4
Sueño y aventura — Guido Castillo	8
Viaje sin retorno — Omar Carámbula	11
El Profeta — Khalil Gibran	14

LETRAS

"Del alma perezoza no se
saca fuego". — José Martí.



Director: Hugo Riva
Independencia 822
Florida

ROMULO COSSE

DOS POETAS Y ARTIGAS

Bien sabida es la dificultad que entraña para el artista la recreación de personajes históricos. Ella opera muchas veces como un cinturón férreo que ciñe a la libertad creadora. A menudo se prefiere aun dentro de los géneros históricos, escoger personalidades oscuras, de segundo rango o simplemente verosímiles. Así Acevedo Díaz coloca a Ismael en el papel protagonista de su obra, y atribuye a Artigas un rol lateral y episódico. Pues bien, queremos en primer lugar mostrar —rápidamente por supuesto— cómo dos poetas de modalidades muy diversas triunfan espléndidamente de esa dificultad: Zorrilla en su *Epopeya* y Liber Falco en su poema *Artigas*.

Hay al margen de las naturales y propias divergencias de estilo y sensibilidad una confluencia magnífica entre ambos. En sendas obras está impreso definitivamente ese magisterio de la emoción que es la vida de un héroe. Subrayarlo es el otro motivo de esta nota.

La soledad interior es la ley de la grandeza. Y en cierto modo ésta es un efluvio del recogimiento. Esto no se debe entender como un desasimiento, al contrario por el héroe alienta la colectividad; es más bien una suerte de repliegue o ensimismamiento lleno de luces interiores. O sea, en el alma del héroe se dan dos actitudes al parecer excluyentes, y sin embargo de su acuerdo depende toda magnitud. Para destacar una de ellas tomamos esta frase de Robertson recogida en la *Epopeya*: "Parecía un hombre abstraído del bullicio". Y Zorrilla añade, "algo quedaba siempre guardado en él; entre sus palabras se formaban silencios largos algunas veces." Esta conjunción de soledad y solidaridad, la cantó así Liber Falco:

"Un hombre creció hasta su pueblo
y bajo el cielo pudo meditar a solas".

Magníficos versos que dan merced al contraste del hom-

bre y el cielo, a esa sensación de infinito, la clara impresión de los espacios interiores abiertos a la reflexión.

Veamos ahora el otro aspecto indicado, la solidaridad. El heroísmo, esa ascensión del miedo hasta el valor, es una fuerza centrífuga, que parte del guía y llega como ondas a todos los extremos. Es un pueblo acorazado en el coraje de su protector:

"Hay mil gritos y una boca".

He aquí, en ese grito infinito que cuaja en una garganta, la verdad del ímpetu nacido en un ser y propagado multitudinariamente. Y el clamor se hace triunfo militar. Es cuando Artigas "muerto su caballo por un casco de granada y siendo el blanco de toda la infantería enemiga, avanza a pie, y señalando con la espada el sitio desde donde lo mira intensamente con sus ojos negros la victoria".

Sin embargo el heroísmo tiene muy poco que ver con el éxito, ni con la felicidad "que no es compañera de la gloria". En el fondo el adalid marcha hacia la derrota final, y esos triunfos son casi un homenaje fúnebre. Zeus, decía Homero, permitía una última fulguración gloriosa a los héroes que iban a morir. Por eso tal vez le está reservado a Artigas un insólito triunfo moral, el éxodo, que no obstante tiene sabor de derrota —recordemos que sus protagonistas así justamente lo llamaron: "la redota".

"Mas el camino recorrido antes
Un hombre lentamente de vuelta lo camina
Junto a su pueblo, de vuelta
Tristemente lo camina un héroe".

Véase la intencionada lentitud de estos versos de Liber, el ritmo pausado, la reiteración que implica el empleo del sustantivo "camino" y su derivado, el uso de adverbios como "lentamente" y "tristemente", el casi monótono desgranarse de las palabras. Hay entonces una íntima afinidad entre significados y significandos que dan a la perfección la idea del cansino marchar de un pueblo hacia su exilio.

Zorrilla nos habla del mismo suceso con su enjundia característica: "Artigas tomó a su pueblo y lo cargó en sus hombros". Pensamos que las dos maneras son por igual legítimas. Allá el dolorido paso aplomado de la nación que se expatrió, aquí el vigor responsable de todo. De todas formas, aun tendrá oportunidad de tentar la aplicación de sus geniales intuiciones. Ya hemos dicho que el héroe es un conductor, concepto este que muy bien puede hermanarse a otro: descubridor. En efecto, su ojo de visionario encuentra o rescata de entre la maraña confusa de hechos un destino, un estilo de vida. Tras éste se lanza y lleva consigo

a su pueblo, pero tan pronto es posible cierto reposo en la acción, se empeña en que todos vean lo que él, es decir que todos vivan electamente su destino. "Piensen Uds. por sí mismos; obren por propia inspiración, resuelvan, no me lo consulten todo; recurran al pueblo; háganlo ser y pensar también a él; sean Uds. libres, conscientes, responsables de sus actos".

Nada de eso podrá ser, los enemigos son infinitamente más fuertes.

"Las sombras avanzan. / Artigas golpea / Mas ellas le golpean / Y cae y se levanta y cae / y galopa golpeando con su furia angélica / Pero las sombras invaden la tierra / Y claro, viril, valiente como un ángel claro / Artigas cae y se levanta y cae. / Oh! triste recodo de la historia. / designio traicionero de los hombres!".

Liber Falco nos ha dejado una intensa pintura de la derrota oriental. En ella la primera parte es de índole casi narrativa, donde con su habitual sobriedad en el uso de las imágenes, consigue, como si se tratara de un dibujo sintético, recortar dos perfiles enfrentados: las sombras y Artigas. Sendos perfiles se animan ya por el ritmo ya por el dispararse de los verbos evocadores de una lucha, empeñada con la fatalidad de la agonía. Los dos versos finales, es decir la segunda parte del fragmento citado, lo clausuran exclamativamente. Allí también se observa relativa equidistancia en la acentuación, en claro beneficio de su vigor y rotundidad.

Por última vez un estremecimiento épico recorre la campaña. Todo prelude el fin, y al mismo tiempo, la inmortalidad. "Artigas infunde aliento en sus huestes fieramente agonizantes, que con sólo mirarlo se consideran inmortales". Y es pleno desastre cuando aún puede vérsese inexorable y "sereno como un mito, escribir sobre el arzón de su caballo sudoroso, su postrera imprecación". La que dirigida al Congreso de Buenos Aires dice así: "Merezca o no Vuestra Soberanía la confianza que representa, es al menos indudable... que debe celar los intereses de la nación... Si no quiere ser responsable ante la soberanía de los pueblos".

Cercado, arrinconado, marcha con todo en procura de las últimas victorias —Santa María y Las Gauchas— y "cruza el río, con los últimos pedazos de su ejército, lleno de sangre como un vendaje".

Por fin la derrota decisiva frente a Mansilla lo obliga a retirarse hacia el Paraguay, donde silencioso mendicante vive tal vez la mayor prueba, "morir durante treinta años".

R. C.

Fatalidad

Cuando se muñieron los padres, en la epidemia de gripe del diecinueve, la vieja había alcanzado a recomendarle a Petrona, la mayor: "Aura vos vas a tener que ser la madre". Petrona sólo pudo asentir con un gesto. Pero el "Está bien mamá", que fue a decir y que se le quedó adentro, lo tuvo siempre a flor de corazón, como mandando en el resto de su vida.

La menor de las mujeres, Jacinta, no demoró en casarse. A Petrona le pareció que estaba bien: "Ya tiene traintaicinco y el Goyo no es mal muchacho. Mamá no le habría dicho que no".

Quedaron solos Petrona, Martín y Agustina. Martín siguió haciendo, en las cuadritas que les quedaron, lo mismo que desde niño había visto hacer a su padre, y que él mismo había empezado a hacer sin saber cómo, muchacho grande ya. Cuando le venía bien o cuando le andaban faltando algunos pesos, se conseguía alguna "changá" y dejaba la "chacrita" en manos de Agustina, que era la que solía ayudarlo a sembrar, a arreglar algún alambre y hasta en las cortas de maíz. Petrona no. Ella no se ocupaba de esto. Bastante tenía con el trabajo de los ranchos. Amasar, lavar, barrer el patio, cocinar, cuidar las gallinas, los pavos y los "chanchos", ordeñar "todo el año pa la leche y en primavera pa algún quesito". Claro que Agustina solía ayudarla; pero "la pobre no puede hacerse dos pa ayudarme amí y a Martín", solía decir Petrona cuando de vez en cuando hablaba con algún vecino. "Además, como es la menor de las tres, es la que tiene mejor presencia pa atender a las visitas". Y en verdad que alguna vecina solía llegar a visitarlas; sobre todo Doña Laura que las tenía en mucho aprecio. Cuando no, Agustina salía, cortando campo, a devolver la atención.

Petrona perdió la costumbre de salir "cuando el luto riguroso". "Cuando el luto alivido" le parecía que no quedaba bien que saliera y cuando el "medio luto" ya no se animaba a salir, no sabía por qué. Después nunca se compró "ropa de salir".

La de entrecasa se la compraba Martín cuando iba al pueblo, tanto a ella como a Agustina. Porque Martín sí que era salidor. Iba seguido al pueblo, a cuatro leguas de los ranchos. A veces por las changas, a veces al almacén. Y después, poco a poco, les fue tomando el gusto a las truqueadas de los domingos, sin más alternativa que alguna carrera de vez en cuando. Petrona veía como habían crecido estos vicios en Martín pero nunca le dijo nada. "Son las mismas costumbres del finao, y a él mamá nunca le dijo nada. Ya es la fatalidad"; se decía.

Por lo demás, nada cambió. Los años fueron acomodando cada cosa en su lugar, cada vida en el suyo, pero despacito como para que los viejos no se dieran cuenta ni se desanimaran. Lo que no tocaron fue el cuarto que había sido de los padres. Quedó como estaba. Sólo lo usaba Jacinta cuando venía a quedarse con su familiar. Después sola con el marido porque los muchachos se le habían puesto "muy gansos" y les daba por reirse de los tíos.



—Mirá Martín: a mí me parece que a Petrona va a ver que verle el doctor. Ya va pa una semana que está así y pa mí que está pior. Doña Laura dijo ayer que debía tener mucha fiebre. ¿Vos la has oído cómo respira?

—Pero si le vemo el doctor es capaz que se asusta y va a ser pa pior. Yo estaría por esperar hasta mañana. Pa luego cuando yo güelva e las carreras nos fijamos cómo está y vemos.

—Hacé como te parezca. Yo me quedo levantada. Tratá e no venir muy tarde porque yo ando media asustada. Me parece que los finaos empezaron así.

Cuando Martín regresó de las carreras, un poco tarde porque se entretuvo "en unos trucos", Agustina salió a esperarlo afuera.

—Mirá que pa mí está más pior. Esta tarde estuvo Doña Laura y dijo que al doctor hay que traírselo. ¿Vos le hablaste?

—Y... ¿será pa tanto? Yo por hablarle le hablo. Pero mirá que se va a asustar.

—Doña Laura dijo que le dijéramos que era pa estar más tranquilos. Hablale Martín... Fijate que ya es una semana.

—Y güeno, le hablo... ¡Qué fatalidad; tenerse que enfermar!

Agustina no pudo dormir en toda la noche. Petrona respiraba raro.

—Levantate Martín y hablale. Está mucho pior.

—Pero es muy temprano... Ya te dije que se puede asustar... ¿Y si es el corazón?

—No ha e ser el corazón. Es una gripe mal cuidada.

Martín fue al cuarto de las mujeres.

—Mirá Petrona: yo tengo que dir pal pueblo. ¿No querés que te haga venir el dotor... Pa tranquilidad nomás. Te ve y a lo mejor te alivea.

—Yo había... pensao. —Dijo Petrona—. Pero... ¿Y la ropa?... No tengo ropa... como pal dotor...

—Es cierto —se sorprendió Agustina— ¿Por qué no te vas hasta lo Doña Laura y le preguntás ques lo que hay que comprar?

—Güeno. ¿Y se habrán levantaos ya?

—Vos andá, y de ahí ya te vas pal pueblo a comprar lo que precise.

Martín salió. Como Doña Laura le ofreció un amargo lo aceptó, tomó después otro "pa no dirse rengo" mientras la vecina lo aconsejaba sobre las prendas a comprar. Al lado de la cocina se estaba bien, a Doña Laura le sobraba prosa, y unos amargos más no venían mal "pa entonarse después de una noche corta".

Salió sol alto, atendiendo a una sugerencia de Doña Laura, al trotecito.

—Pobre Petrona... cómo está de amolada. Parece mentira, cómo hasta una mujer fuerte se enferma. Los finaos no era extraño porque los agarró la epidemia. Pero aura es distinto.

Cuando pasó la Cañada de las Piedras Negras lo paró Don Gregorio Salas:

—Güenas, Martín.

—Güen día, Don Gregorio.

—Cómo anda.

—Bien.

—¿Y las muchachas?

—Má o meno. La Petrona media culeca...

—A lo justo con usté tenía que hablar... Asunto de una tropiada.

—Y, no me va a venir mal...

—Tengo que alivianar un poco los potreros de la costa. Es campo flojote y viá aprovechar la feria de pasao mañana.

—A sus órdenes.

—Güeno, estese en la estancia pa cuando claree.

—Ta bien.

—Me voy pa no sacarle de encima lo' ojo a la gente... Usté sabe que cuando uno falta se aprovechan pa hacer sebo. Hasta pasao mañana entonce. Saludo a las muchachas.

—Serán apreciaos.

Y siguió. A la entrada del pueblo estaba el boliche de Ledesma:

—Y el lobunito precisaría un resuello... de mientras me juego unos trucos.

Recién después fue a la tienda y entregó el "apunte" en que Doña Laura le indicaba lo que debía comprar. Salió, hizo medio día en lo de Ledesma, volvió a ensillar y regresó al trotecito. De paso llegó por lo de Don Gregorio porque le pareció necesario prevenirle que a lo mejor no podía hacerle la "tropiada" porque se había atrasado en la deschalada por el asunto de Petrona. Amargueó. Cuando llegó al rancho ya el sol estaba bajo. Lo salió a recibir Doña Laura:

—Lo acompaño al sentimiento... Martín.

—...No sé por quién me lo dice.

—La pobrecita... que en paz descanse...

—...¿Pero quién?

—¿Pero no se da cuenta? La pobrecita... Petrona, que en paz descanse.

—...La Petrona? ...¿Pero y así... de golpe?... Mire lo ques la fatalidá...

N. A. V.

CERVANTES

Razones de fuerza mayor han determinado que "LETRAS" no pueda dedicar este número a la conmemoración de la fecha cervantina, nacionalmente recordada. No obstante, nos hacemos presentes a través de la tercera nota del Prof. Guido Castillo, agregando el tradicional concepto de que la mejor celebración que pueda efectuarse de un autor es la lectura atenta de sus obras.

SUEÑO Y AVENTURA

Se cree comúnmente que la novela de aventuras es uno de los géneros más vulgares y bastardos del arte literario de la narración. No es mi propósito, oponerme ahora a un juicio tan generalizado, aunque conserve —para mi vergüenza y para escándalo de algunos amigos— cierto gusto infantil por la mayoría de los novelones. Tampoco me defenderé de que me interese más Walter Scott que los hermanos Goncourt o de que prefiero "La Isla del Tesoro" a "La fortuna de los Rougon". Sólo quiero señalar que la expresión **novela de aventuras** constituye una redundancia, porque la aventura es la cualidad esencial de toda novela auténtica, lo novelesco de la novela.

Aventura procede del latín **adventurus**, y significa lo que **vendrá**. Y lo que **vendrá** es siempre extraordinario, misterioso, e inesperado, si hemos sabido verlo y hemos sabido esperarlo. Ya lo decía Heráclito, en su iluminado y oscuro lenguaje sibilino: "Si no esperas no te sobrevendrá lo inesperado, que es inalcanzable e inaccesible".

Leer es esperar, y cada vez que volvemos una página de novela nos sobreviene lo inesperado, que les acontece también a los personajes en cada una de las vueltas de la vida imaginaria a que están destinados por el autor de sus días. Porque, agregando un adjetivo a la frase de Heráclito, diríamos que lo inesperado es inalcanzable, inaccesible e incesante. La aventura —lo inesperado— nos sobreviene en todo momento, siempre que se cumpla la condición de que la estemos esperando. Pero "el que espera desespera", y cuando el esperar engendra, inesperadamente, una sombra de desesperación que lo devora; cuando dejamos de aventurarnos en la existencia, porque sentimos que nada puede advenirle o sobrevenirle; cuando, en fin, nos perdemos en las arenas del tiempo, como en un desierto incambiante e interminable, sólo entonces quedamos a merced de las garras alucinantes y enojadas de los sueños, y caemos en aquel pecado de la desesperación poética a que se refería Kierkegaard: "el pecado de soñar en lugar de ser, de no tener más que una relación estética de imaginación con el bien y la verdad, en lugar de una relación real, en lugar del esfuerzo de crear una para la propia vida".

¡Qué descanso esperar la aventura de otro, qué deleite leer

una novela, asistir por un momento a la vida en vez de tener que vivirla, matar o adormecer, por un instante, al tiempo, sumergiéndolo en la corriente de otro tiempo ilusorio!

Cuando en la Iliada, Héctor, antes de morir, huye desesperadamente de Aquiles, Homero nos dice que "todas las divinidades los contemplaban". Entre esas divinidades, como otros tantos dioscellos paganos, estamos nosotros, los lectores, sentados en las cumbres de un Olimpo estético, desde donde podemos, a ratos, contemplar, sin peligro, la agonía inmortal de una existencia.

No era así, por cierto como leía sus libros de aventuras el cristiano caballero Alonso Quijano, el Bueno. Con tanto "afincamiento" religioso, con tanta heroicidad y denuedo leyó aquellos libros el hidalgo manchego, que se convirtió en el héroe de la mejor novela a causa de haber leído las que su autor consideraba las peores. Nacido o renacido de los libros, don Quijote **habla como un libro** y vive la existencia de la realidad como lo que es: una aventura poética, "un sueño contado por hombres despiertos o, por mejor decir, medio dormidos".

Pero lo más inquietante y significativo es que el modo que tiene don Quijote de leer coincide exactamente con el modo que tiene Cervantes de escribir. Don Quijote lee como Cervantes escribe. Por eso nosotros debemos leer la novela cervantina de una manera muy parecida a como don Quijote leía el Amadís de Gaula. ¿Quién se atreve a negar que don Quijote fue y es el único caballero andante posible? ¿Cómo no darse cuenta de que Cervantes encontró —por primera y casi única vez en el mundo— la forma de realizar, o mejor, verificar la irre realidad esencial de la novela? Esa es la increíble e inesperada aventura de aquel pobre inválido, ex-soldado y ex-cautivo, que, no pudiendo vivir como un aventurero novelesco, hubo de resignarse a inventar la más grande y creíble novela que se ha escrito.

Los críticos, en su inmensa mayoría, opinan que lo fundamental de la estética cervantina es la concepción de que el escritor sólo debe tratar de cosas posibles y verosímiles. Esta opinión se basa en el hecho —muy opinable— de que el **Quijote** es un ataque a las fantasías disparatadas de los libros de caballerías, en pro de lo cual se alegan algunos textos harto conocidos.

En el capítulo XLVII de la primera parte de "Don Quijote" el Canónigo le dice al Cura: "la mentira es mejor cuanto más parece verdadera, y tanto más agrada cuanto tiene más de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fabulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de mo-

do, que anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas".
La prueba de que el sesudo y discreto Canónigo hace de portavoz de las ideas del propio Cervantes se encuentra en el **Viaje del Parnaso**:

"Palpable vi, mas no sé si lo escriba,
que a las cosas que tienen de imposibles
siempre mi pluma se ha mostrado esquiva.
Las que tienen vislumbre de posibles,
de dulces, de suaves y de ciertas,
explican mis borriones apacibles.
Nunca a disparidad abre las puertas
mi corto ingenio, y hállalas contino
de par en par la consonancia abiertas.
¿Cómo puede agradar un desatino
si no es que de propósito se hace,
mostrándole el donaire su camino?"

Me siento inclinado, a veces, a pensar que estos dos textos, y algunos otros —insistencia sospechosa— más tienen de auto-defensa que de auténtica convicción. Si así fuese ¿de qué se defendería Cervantes?: ¿del ajeno criterio o de sí mismo? Es para mí indulgable que había en el novelista, junto a la exactitud poética de la observación, una natural y pertinaz tendencia a soñar aventuras extrañas y, aunque posibles, casi inverosímiles. No hay más que leer su última novela: "Los trabajos de Persiles y Sigismunda".

Pero, sin quitar los ojos de don Quijote, podemos afirmar que la verosimilitud de este personaje radica precisamente en el hecho de que es posible la existencia de un ser que cree en la posibilidad de las cosas imposibles. Esta es la humana verdad que encubre la armadura irrisoria del Ingenioso Hidalgo. Esta es, también la confesión, un poco ambigua y un tanto avergonzada, de quien, con el pretexto de la burla y por el alegre camino del donaire, creó la novela, la poesía de la aventura, mostrándonos que la realidad es "obra de encantamiento" y que hay que recurrir al sueño para desencantarla.

Dejemos que Cervantes siga confesándose en unos versos que los comentaristas no citan:

"Yo, que siempre guardé el común decoro
en las cosas dormidas y despiertas,
pues no soy troglodita ni soy moro,
de par en par del alma abrí las puertas,
y dejé entrar al sueño por los ojos
con premisas de gloria y gusto ciertas"

G. C.

OMAR CARAMBULA

Viaje sin retorno

Mar sin nombre y sin orillas,
soñé con un mar inmenso,
que era infinito y arcano
como el espacio y los tiempos

Daba máquina a sus olas,
vieja madre de la vida,
la muerte, y ellas cesaban
a la vez que renacían.

Cuánto nacer y morir
dentro la muerte inmortal!

Jugando a cunas y tumbas
estaba la Soledad...

De pronto un pájaro errante
cruzó la extensión marina;
"Chojé... Chojé..." repitiendo
su quejosa mancha iba.

Sepultóse en lontananza
goteando "Chojé... Chojé..."
Desperté y sobre las olas
me eché a volar otra vez.

María Eugenia Vaz Ferreira

La denominación misma de único Poema plantea, ya desde el comienzo, un interesante enigma. Quizás procure expresar, lo mejor de su poesía; y por ello sea considerado, por la poetisa, como el poema más vibrante y de mayores alcances estéticos. Más probablemente cierto es, todavía, considerar este poema como el cántico donde la poetisa se encausa más alma adentro.

Es un canto sugestivo y en él vierte María Eugenia, por medios musicales, de gran delicadeza, un estremecimiento trágico. Recurre a símbolos para cantar la emoción: "mar sin nombre y sin orillas", mar "infinito" tan inmenso "como el espacio y los tiempos". Esta imagen del mar guarda curiosa semejanza con la rima 15 de Bécquer: "mar sin playas onda sonante". Parecería que una corriente romántica hubiera habitado el prodigio del alma de la poetisa. La presentación de este mar desconocido, extrañamente despojado de sus orillas responde a un anhelo poético y humano de expresar una dimensión subjetiva. Tiene importante repercusión poética el hecho de que el mar sea infinito, tan inmenso "como el espacio y los tiempos". Se encontraría, no ya un deseo de infinito, sí un ansia errante, teñida con tonalidades más dolorosas cuando más adelante dice: "quejosa mancha".

La segunda estrofa canta la constante actividad del mar como agente motor de la vida.

"Daba máquina a sus olas, la muerte, y ellas cesaban
vieja madre de la vida, a la vez que renacían".

La muerte genera la existencia y ella aparece simbolizada en el mar, e impelida por el mismo ritmo incesante, con algo de obsesivo y fríamente tétrico. Se imprime en los versos una vorágine que encierra vida y muerte y parecería inspirada, en su punto de arranque, por aquel principio físico tan conocido: "Nada se crea, nada se destruye: todo se transforma".

La poesía cósmica de María Eugenia procura, no sólo expresar un deseo de fundirse con el paisaje, a la manera romántica de un Werther, sino que, añade a lo ya dicho tradicionalmente, una auténtica veta personal. Es el contacto de un alma atribulada con el mundo, para luego retrovertirse, más sufriente que nunca, dentro de su propia interioridad.

La poetisa presenta una concepción cruel y trágica de la vida. El cuantitativo da cuenta de la marcha inexorable del género humano —se vive y se muere fatalmente— pero expresa también con hondo dolor la cantidad de seres que nacen y mueren.

"Cuánto nacer y morir Jugando a cunas y tumbas
dentro la muerte inmortal! estaba la Soledad"...

Se solidariza con la humanidad y su poesía se hace más universal, a la vez que más íntima, para surgir su aflicción en dimensiones y ecos que se proyectan sobre los seres de todas las épocas y todas las fronteras.

Según éste lo cuenta, María Eugenia Vaz Ferreira leyó su poema cierta vez al Dr. Emilio Oribe. Solicitó su opinión y él la interrogó acerca de por qué no modificaba el último verso de esta estrofa, colocando "eternidad" en lugar de "soledad". Ella no respondió. "La soledad era para ella tan real, actuante y cruel" más que la eternidad; "ésta era una dimensión metafórica, un pensamiento abstracto que tal vez no encontraba resonancia en su espíritu".

La aparición del pájaro irrumpe la soledad inmensa de ese mar subjetivado. La escena, en todos sus detalles, suscita una expectativa, cierta inquietud que se añade, como un efecto vibrante al poema.

"De pronto un pájaro errante
cruzó la extensión marina;

"Chojé... Chojé..."

Centrase en este pájaro un misterio envuelto en el encanto poético.

Se objetiva la intimidad de María Eugenia en el ave y ocurre un mágico desdoblamiento de sí. Al contemplarse, de este modo, logra transmitir la emoción.

El grito animal da una tonalidad distinta al poema y constituye un hallazgo del punto de vista de la musicalidad. En tal sentido Paul Valery afirma en relación a la música del verso: "La música de la poesía es una música particular, tan particular como lo puede ser el sentimiento de cada poeta. Está más o menos próxima de la música propiamente dicha". Hegel opina, a su vez: "La Música no trasmite ideas"; la suerte de encantamiento producida por la música es propia de cada uno, depende del aire musical del poema y tiene mucho de un estímulo que halaga la vaguedad de la imaginación y el sentimiento.

La genialidad de la inspiración reside en centrar en ese pájaro y su quejido la clave de la intención estética y conceptual. Lo ve pasar, despierta y encuentra que ella es el pájaro. La poetisa se sueña a sí misma y, ya en la vigilia, el sueño se recrea. Una vez despierta, echa a volar de nuevo sobre las olas, en esas mismas olas donde mora la muerte y la soledad.

"Desperté y sobre las olas
me eché a volar otra vez".

El ciclo ha finalizado y, ya despierta, reconoce, en lo entrevisto en sueños, el emblema de su propio destino. La atmósfera irreal, propia del mundo onírico, invoca un sueño que sin embargo no es meramente quimérico.

¿Quién deja de apreciar el efecto de haber elegido un sueño, para expresar verdades subjetivas y dramáticas? Y luego ese despertar para echarse indolentemente, en esa entrega, en ese abandonarse sobre las olas crea elevados goces estéticos. El volar, libre, del alma sobre el mar infinito estimula la imaginación. Mas sobre todas las imágenes, símbolos y sensaciones, se desprende una musicalidad interior. Se diría el grito de un alma solitaria, punzante, que se continúa ampliando el radio de sus resonancias en otros poemas: *Hacia la noche*, *Invocación*, *Sólo tú y otros*, donde insiste en el deseo de sumergirse en la soledad, en el vacío, en la nada de la muerte.

Como poetisa monocorde sólo ha sabido cantar sus carencias: el dolor antes que la dicha, la soledad antes que el amor, la resignación y, a veces deja entrever una confianza en sí que le brinda el consuelo producido por su lento viaje hacia la muerte. En este vértigo doloroso, el alma logra pulsar aquellas emociones que pudieron concretarse —a veces— en logros estéticos perdurables.

El Profeta

GIBRAN JALIL GIBRAN

Poeta, filósofo y artista, nació en el Líbano en 1883. Los millones de individuos de habla árabe, familiarizados con su producción, lo consideran uno de los más altos exponentes de la literatura arábiga contemporánea.

Dejó de existir a los cuarenta y ocho años de edad, luego de ver publicadas varias de sus creaciones poéticas.

Almustafa el elegido y el bienamado que era un alba para su propio día, había esperado doce años en la ciudad de Orphalese su barco que lo iba a devolver a la isla de su nacimiento.

Y en el duodécimo año, en el séptimo día de Ielool, el mes de la siega, subió a la colina fuera de las murallas de la ciudad y miró hacia el mar, y vio venir su barco en medio de la niebla.

Entonces las puertas de su corazón saltaron abiertas y su alegría navegó lejos sobre el mar. Y él cerró sus ojos y oró en el silencio de su alma.

Pero al descender de la colina una tristeza le sobrevino y pensó en su corazón:

¿Cómo me iré en paz y sin dolor? No, no dejaré esta ciudad sin quedarme una herida en el espíritu.

Largos fueron los días de dolor que pasé dentro de sus murallas, y largas fueron las noches de soledad; y ¿quién puede alejarse de su dolor y soledad sin pesar?

Demasiados fragmentos de mi espíritu he desparramado en estas calles y demasiados son los hijos de mi anhelo que caminan desnudos entre estas montañas y, yo no puedo apartarme de ellas sin un peso y un dolor.

No es un vestido que yo arrojé en este día, sino una piel que arranco con mis propias manos.

Ni es un pensamiento el que dejo detrás mío, sino un corazón dulcificado por hambre y por sed.

Sin embargo, no puedo demorar más.

El mar, que llama todas las cosas hacia él, me llama y debo embarcarme.

Porque quedarme, aunque las horas queman en la noche, es helarse y cristalizarse y encerrarse en un molde. Gustoso me llevaría todo esto conmigo. Pero ¿cómo? Una voz no puede llevar la lengua y los labios que le dieron sus alas. Sola debe buscar el éter.

Y sola y sin su nido debe el águila volar a través del sol.

Ahora, cuando llegó al pie de la colina, se volvió otra vez hacia el mar, y vio su barco acercarse al puerto y sobre su proa a los marineros, los hombres, de su propia tierra.

Y su alma les gritó, y él dijo:

Hijos de mi antigua madre, surcadores de los mares, cuan amenudo habeis navegado en mis sueños. Y ahora llegáis en mi despertar que es mi sueño más profundo.

Pronto estoy para irme y mi anhelo con las velas plenas espera el viento.

Únicamente otro hálito respiraré en este aire calmo, sólo otra mirada amorosa echaré hacia atrás.

Y entonces estaré entre vosotros, errante entre errantes.

Y tú, vasto mar, madre insomne.

Que eres la sola paz y libertad para el río y el arroyo.

Un recodo más tendrá este arroyo, sólo otro murmullo en este valle.

Y entonces yo vendré a ti, una gota sin límites a un océano ilimitado.

Mientras andaba vio lejos hombres y mujeres dejando sus campos y sus viñedos que se apresuraban hacia las puertas de la ciudad.

Y oyó sus voces llamando su nombre y gritando de campo a campo la nueva de la llegada de su barco.

Y él se dijo:

¿Será el día de la partida el día de la reunión?

Y ¿se dirá que mi ocaso era en verdad mi aurora?

Y ¿qué podré dar a aquel que ha dejado su arado en medio

del surco, o a aquel que ha tenido la rueda de su prensa de vino?
¿Se convertirá mi corazón en un árbol pesadamente cargado de frutos que pueda recoger para darles?
Y ¿manarán mis deseos como una fuente para que pueda llenar sus copas?
¿Soy un arpa que la mano del poderoso pueda tocarme o una flauta que su aliento pueda atravesarme?
¿Soy un buscador de silencios y, qué tesoro he hallado en los silencios que pueda dispensar con confianza?
Si este es mi día de cosecha ¿en qué campos he sembrado la semilla y en qué estaciones no recordadas?
Si ésta es de veras la hora en la cual levanto mi lámpara, no es mi llama la que lucirá en ella.
Vacía y oscura levantaré mi lámpara.
Y el guardián de la noche la llenará de aceite y asimismo la encenderá.

Estas cosas él dijo en palabras. Pero mucho quedó en su corazón sin decir. Porque él no podía hablar su más hondo secreto.

Y cuando entró en la ciudad todo el pueblo vino a recibirlo, y le gritaban como con una sola voz.
Y los mayores de la ciudad se adelantaron y le dijeron:
No te vayas todavía.
Un medio día has sido en nuestro crepúsculo, y tu juventud nos ha dado sueños para soñar.
No eres extraño entre nosotros ni un huésped sino nuestro hijo y nuestro muy bien amado.
No permitas que nuestros ojos tengan hambre de tu cara.

Y los sacerdotes y las sacerdotisas le dijeron:
No dejes que las olas del mar nos separen ahora, y que los años que has pasado en medio nuestro se conviertan en un recuerdo.
Has andado entre nosotros y tu sombra ha sido una luz sobre nuestras caras.
Te hemos amado mucho. Pero sin palabras fue nuestro amor.
Y, con velos estuvo velado. Sin embargo ahora te llama en

voz alta, y se levantaría ante tí revelado.
Y siempre ha sucedido que el amor no sabe su propia profundidad hasta la hora de la separación.
Y otros vinieron y también le suplicaron. Pero él no les contestó. Solamente inclinó su cabeza; y aquellos que estaban cerca suyo vieron sus lágrimas caer sobre su pecho.
Y él y la gente continuaron hacia la gran plaza enfrente del templo.

Y entonces salió del santuario una mujer cuyo nombre era Almitra. Y era profetiza.

Y él la miró con enorme ternura, porque fue ella quien primero lo había buscado y creído en él cuando apenas había estado un día en aquella ciudad.

Y lo saludó diciéndole:

Profeta de Dios, en busca del absoluto, mucho tiempo has sondeado las distancias para tu barco.

Y ahora tu barco ha venido, y tú debes necesariamente irte.

Honda es tu añoranza por la tierra de tus recuerdos y por el lugar donde moran tu más grandes deseos; y nuestro amor no desea atarte ni nuestras necesidades te retendrán.

Sin embargo te pedimos antes de dejarnos que nos hables y nos des de tu verdad.

Y nosotros la daremos a nuestros hijos, y ellos a sus hijos, y no perecerá.

En tu soledad has vigilado con nuestros días, y en tu vigilia has escuchado el llanto y la risa de nuestro sueño.

Ahora, en consecuencia, descúbrenos a nosotros, y dinos todo lo que te ha sido mostrado de aquello que hay entre el nacimiento y la muerte.

Y él respondió:

Pueblo de Orphalese, ¿de qué puedo hablaros sino de aquello que está aún ahora moviéndose dentro de vuestras almas?

Entonces dijo Almitra: Háblanos del Amor.

Y él levantó su cabeza y miró sobre el pueblo, y descendió sobre ellos un silencio. Y con voz fuerte dijo:

Cuando el amor os llama, seguidlo.

A pesar de que sus caminos son duros y ásperos.

Y cuando sus alas os envuelvan, rendíos.

A pesar de que la espada oculta entre sus alas, puede heriros.

Y cuando os hable creed en él.

Aunque su voz pueda derrumbar vuestros sueños así como el viento del norte destruye el jardín.

Porque así como el amor os corona así él os crucificará.

Así como él es para vuestro crecimiento así será para vuestra poda.

Así como él asciende a vuestra altura y acaricia vuestras más tiernas ramas que se estremecen al sol, él descenderá a vuestras raíces y las sacudirá en su aferramiento a la tierra.

Como gavillas de trigo os junta en él.

El os trilla para haceros desnudos.

El os cierne para libraros de vuestra cáscara.

El os muele hasta la blancura.

El os amasa hasta que estéis blandos;

Y entonces os conducirá a su fuego sagrado de manera que seáis pan sagrado para la sagrada fiesta de Dios.

Todas estas cosas hará el amor en vosotros para que conozcáis los secretos de vuestro corazón, y en ese conocimiento seáis un fragmento del corazón de la Vida.

Pero si en vuestro temor buscáis solamente la paz del amor y el placer del amor,

Entonces se mejor que cubráis vuestra desnudez y os retiréis de la era donde trilla el amor.

Al mundo sin estaciones donde reiréis pero no toda vuestra risa, y lloréis pero no todas vuestras lágrimas.

El amor nada da sino de sí mismo y nada toma sino de sí mismo.

El amor no posee ni desea ser poseído;

Porque el amor es suficiente para el amor.

Cuando améis no debírais decir: "Dios está en mi corazón" pero en cambio "yo estoy en el corazón de Dios".

Y no penséis que podéis dirigir el curso del amor porque el amor si os encuentra digno dirige vuestro curso.

El amor no tiene otro deseo que realizarse a sí mismo.

Pero si amáis y tenéis necesidad de deseos, dejad que estos sean vuestros deseos:

Deshacerse y ser como un arroyo corriente que canta su melodía a la noche.

Conocer el dolor de demasiada ternura.

Ser herido por vuestra propia comprensión del amor;

Y sangrar voluntaria y alegremente.

Despertar al alba con un corazón alado y dar gracias por otro día de amar;

Reposar a mediodía y meditar en el éxtasis del amor;

Volver al hogar al atardecer, con gratitud;

Y entonces dormir con un ruego para el bien amado en el corazón y un canto de alabanza en vuestros labios.

Entonces Almitra habló otra vez y dijo:

Y ¿qué del matrimonio, maestro?

Y él respondió diciendo:

Vosotros fuisteis nacidos juntos y juntos seréis para siempre jamás.

Estaréis juntos cuando las blancas alas de la muerte dispersen vuestros días.

Y estaréis juntos aún en la silente memoria de Dios.

Pero dejad que haya espacio en vuestra unión.

Y dejad a los vientos de los cielos danzar entre vosotros.

Amaos el uno al otro, pero no hagáis una atadura del amor: Dejad en cambio que sea un moviente mar entre las costas de vuestras almas.

Llenáos la copa uno al otro pero no bebáis de una sola copa.

Daos uno al otro de vuestro pan pero no comáis del mismo pedazo.

Cantad y danzad juntos y sed gozosos pero dejad que cada uno esté solo.

Así como las cuerdas de un laúd están solas aunque vibren con la misma música.

Dad vuestros corazones pero no a la guarda uno de otro.

Porque únicamente la mano de la Vida puede contener vuestros corazones.

Y mantenéos juntos, sin embargo, no demasiado juntos:

Porque los pilares del templo se mantienen separados,
Y el roble y el ciprés no crecen uno a la sombra del otro.

Y una mujer que retenía un niño contra su pecho, dijo:
Háblanos de los niños.

Y él dijo:

Vuestros niños no son vuestros.

Ellos son los hijos del anhelar propio de la Vida.

Ellos vienen a vuestro través pero no de vosotros,

Y aunque están con vosotros no os pertenecen.

Podéis darle vuestro amor pero no vuestros pensamientos,
porque ellos tienen sus propios pensamientos.

Podéis dar albergue a sus cuerpos pero no a sus almas,

Porque sus almas habitan en la casa del mañana, la que
no podéis vestir ni aún en vuestros sueños.

Vosotros podéis esforzaros por ser semejantes a ellos, pero
no busquéis hacerlos semejantes a vosotros.

Porque la vida no vuelve atrás ni se detiene en el ayer.

Vosotros sois los arcos desde los cuales vuestros niños son
lanzados como flechas vivientes. El arquero ve el blanco sobre
el sendero del infinito, y El os curva con su poder para que
sus flechas puedan ir velozmente y lejos.

Dejad que el arqueamiento vuestro en la mano del Arquero
sea para alegría;

Porque así como el ama la flecha que vuela también ama
el arco que está firme.

Entonces un hombre rico dijo: Háblanos del Dar.

Y él respondió:

No dáis sino poco cuando dais de vuestras posesiones.

Es cuando dais de vosotros mismos que realmente dais.

Porque ¿qué son vuestras posesiones sino cosas que con-
serváis y defendéis por temor a necesitarlas mañana?

Y mañana, ¿qué puede traer el mañana al perro en demasia
prudente que entierra huesos en la arena sin huellas mientras
sigue a los peregrinos hacia la ciudad sagrada?

Y ¿qué es el temor de necesitar sino la necesidad misma?

¿No es temer la sed cuando vuestra fuente está llena, la sed
que es inextinguible?

Hay quienes dan poco de lo mucho que tienen, y lo dan para
reconocimiento y su oculto deseo hace sus dádivas insanas.

Y hay quienes tienen poco y lo dan todo.

Estos son los que creen en la Vida y en la generosidad de
la vida, y su cofre nunca está vacío.

Hay quienes dan con alegría y esa alegría es su recompensa.

Y hay quienes dan con dolor y ese dolor es su bautismo.

Y hay quienes dan y no conocen la pena de dar ni buscan
alegría ni dan con preocupación de virtud.

Dan como en el valle lejano el mirto exhala su fragancia, en el
espacio.

A través de las manos de los que son como estos habla Dios
y, desde tras sus ojos, El sonríe sobre la tierra.

Es bueno dar cuando se os pide pero es mejor dar cuando
no se os pide, por comprensión.

Y para el dadivoso el buscar a aquel que pueda recibir es
gozo mayor que el dar.

Y ¿hay algo que quisiérais retener?

Todo lo que tenéis deberá ser dado algún día:

Por lo tanto dad ahora a fin de que la época de dar sea
vuestra y no de vuestros herederos.

A menudo decís: "Yo daría pero sólo al que lo merece".

Los árboles de vuestro huerto no dicen así, ni los rebaños
de vuestros campos.

Ellos dan para poder vivir porque retener es perecer.

Seguramente que aquel que es merecedor de recibir sus
días y sus noches, es merecedor de todo lo demás de ti.

Y aquel que merece beber del océano de la vida merece
llenar su copa en vuestra pequeña corriente.

¿Y quienes sois vosotros para que los hombres deban abrir su
pecho y develar su orgullo a fin de que podáis ver su valer des-
nudo y su orgullo no envilecido?

Ved primero que vosotros mismos merezcáis ser dadores y
un instrumento de dar.

Porque en verdad es la vida la que da a la vida; mientras
vosotros que os creéis dadores no sois sino testigos.

Y vosotros los que recibís, —y todos reciben—, no asumáis

el peso de la gratitud a menos de que pongáis un yugo sobre vosotros mismos sobre aquel que da.

Más bien elevaos junto con el dador sobre sus dones como sobre alas;

Porque preocuparos en demasía de vuestra deuda es dudar de su generosidad que tiene a la tierra magnánima por madre y por padre a Dios.

Entonces un anciano dueño de una posada, dijo: Háblanos del comer y del beber.

Y él dijo:

Así pudiérais vivir de la fragancia de la tierra, y como una planta del aire ser sustentados por la luz.

Pero, desde que debéis matar para comer, y robar al recién nacido la leche de la madre para apagar vuestra sed, que esto sea hecho como un acto de adoración.

Y qué vuestra mesa sea como un altar en el cual los seres puros e inocentes de la selva y del valle sean sacrificados para lo que es aún más puro e inocente en el hombre.

Cuando matéis un animal decidle en vuestro corazón:

"Por el mismo poder que os hiere yo también estoy herido y también seré consumido.

Porque la ley que os ha entregado a manos mías me entregará a una mano más poderosa.

Vuestra sangre y la mía no son nada, sino la savia que alimenta el árbol del cielo".

Y cuando deshagáis una manzana con vuestros dientes, decidle en vuestro corazón:

"Vuestros simientes vivirán en mi cuerpo.

Y los capullos de vuestro mañana florecerán en mi corazón, y vuestra fragancia será mi aliento, y juntos nos regocijaremos a través de todas las estaciones".

Y en el otoño, cuando juntéis los racimos de vuestras viñas y los pongáis en el lagar, decid en vuestro corazón.

"Yo también soy un viñedo y mis frutos, se recogerán para el lagar.

Y como vino nuevo seré conservado en vasijas eternas".

Y en el invierno, cuando sirváis el vino, que haya en vuestro corazón un canto para cada copa;

Y que en el canto haya un recuerdo para los días del otoño, para el viñedo y para el lagar.

Entonces un labrador dijo: Háblanos del trabajo.

Y él contestó diciendo:

Trabajáis para que podáis conservar el ritmo con la tierra y el alma de la tierra.

Porque el estar ocioso es volverse extraño a las estaciones y salirse de la procesión de la vida, que marcha con majestad y en orgullosa sumisión hacia el infinito.

Cuando trabajáis sois una flauta a través de cuyo corazón el murmurar de las horas se vuelve música.

¿Cuál de vosotros sería una caña muda y silenciosa cuando todo lo demás canta al unísono?

Siempre se os ha dicho que el trabajo es una maldición y que el laborar un infortunio.

Pero yo os digo que cuando trabajáis cumplís una parte del sueño más profundo de la tierra, encomendado a vosotros cuando aquel sueño vino a la vida.

Y manteniéndoos con el trabajo estáis en verdad amando la Vida.

Y amar la vida a través del trabajo, es estar en íntimo contacto con el más interno secreto de la vida.

Pero si en vuestro dolor llamáis al nacimiento una aflicción, y al sustento de la carne una maldición escrita sobre vuestra frente, entonces yo contesto que nada, sino el sudor de vuestra frente lavará aquello que está escrito.

Se os ha dicho también que la vida es oscuridad y en vuestro cansancio habéis hecho eco a lo que fue dicho por los cansados.

Y yo digo que la vida es en verdad oscuridad a menos que haya afán.

Y todo afán es ciego salvo cuando hay conocimiento.

Y todo conocimiento es vano salvo cuando hay trabajo;

Y todo trabajo es vacío salvo cuando hay amor;

Y cuando trabajáis con amor os atáis a vosotros mismos y uno al otro y a Dios.

Y ¿qué es trabajar con amor?

Es tejer la tela con hilos arrancados de vuestro corazón, así como si vuestra bienamada fuera a usar esa tela.

Es edificar una casa con afecto como si vuestra bienamada fuera a habitar en ella.

Es sembrar semillas con ternura y recoger la cosecha con alegría como si vuestra bienamada fuera a comer de la fruta.

Es poner en todas las cosas que hacéis un aliento de vuestro propio espíritu,

Y saber que todos los benditos muertos están vigilantes alrededor vuestro.

A menudo os he oído decir, como si hablaséis en sueño: "Aquel que trabaja en el mármol y halla la forma de su propia alma en la piedra es más noble que aquel que labra la tierra.

Y aquel que se apodera del arco iris y lo pone sobre una tela en la imagen de un hombre, es más que el que hace las sandalias para vuestros pies"

Pero yo digo, no en sueños pero sí en la vigilia del mediodía, que el viento no habla más dulcemente a los gigantes robles que a la más pequeña de las briznas de la hierba.

Y solamente es grande aquel que convierte la voz del viento en una canción dulcificada por su propio amar.

El trabajo es amor hecho visible.

Y si no podéis trabajar con amor sino sólo con disgusto, es mejor que dejéis el trabajo y os sentéis a las puertas del templo a mendigar de aquellos que trabajan con alegría.

Porque si horneáis pan con indiferencia horneáis un amargo pan que sacia la mitad del hambre del hombre.

Y si mezquináis el pisar la uva, vuestra mezquindad destila un veneno en el vino.

Y si cantáis aun como los ángeles, y no amáis el cantar, cerráis los oídos de los hombres a las voces del día y a las voces de la noche.

Entonces una mujer dijo: Hablanos de la Alegría y del Dolor.

Y él contestó:

Vuestra alegría es vuestro dolor desenmascarado.

Y la propia fuente de la cual brota vuestra risa, fue amenuado llenada con vuestras lágrimas.

Y ¿cómo puede ser de otra manera?

Cuanto más profundo cava el dolor en vuestro ser, mayor alegría podéis contener.

¿No es el vaso que contiene vuestro vino el mismo vaso que fue cocido en el horno del alfarero?

Y ¿no es el laúd que suaviza vuestro espíritu, la misma madera que fue ahuecada con cuchillos?

Cuando estáis alegres mirad hondo dentro de vuestro corazón y encontraréis que es sólo aquello que os ha dado dolor lo que os está dando alegría.

Cuando estéis tristes, mirad otra vez en vuestro corazón y veréis que en verdad estáis llorando por aquello que ha sido vuestra delicia.

Algunos de vosotros decís: "La alegría es más grande que el dolor", y otros decís: "No, el dolor es el mayor".

Pero yo os digo que ellos son inseparables.

Ellos vienen juntos, y cuando uno de ellos se sienta solo con vosotros a la mesa, recordad que el otro está durmiendo sobre vuestro lecho.

En verdad estáis suspendidos como una balanza entre vuestro dolor y vuestra alegría.

Únicamente cuando estáis vacíos estáis en el fiel y a nivel.

Cuando el guardador de los tesoros os levanta para pesar su oro y su plata, necesariamente debe vuestra alegría o vuestro dolor caer o levantarse.

Entonces se levantó un albañil y dijo: Hablanos de casas.

Y él contestó y dijo:

Construid con vuestra imaginación un aposento retirado en lo agreste antes de construir una casa dentro de los muros de la ciudad.

Porque así como llegáis a la casa así llega el vagabundo que hay en vosotros siempre lejano y solitario.

Vuestra casa es vuestro cuerpo más grande.

Crece al sol y duerme en la calma de la noche; y no está desposeída de sueños. ¿No sueña vuestra casa? y ¿soñando no deja la ciudad para ir a la cumbre de la colina?

Pudiera yo reunir vuestras casas en mi mano y como un sembrador desparramarlas en el bosque y en la pradera.

Fueran los valles vuestras calles y los verdes senderos vuestros caminos, para que pudiérais buscaros unos a otros a través de los viñedos, y venir con la fragancia de la tierra en vuestras vestiduras.

Pero estas cosas todavía no pueden ser.

En su temor vuestros antepasados os juntaron demasiado. Y ese temor durará todavía un poco. Un poco más las murallas de vuestra ciudad separarán vuestros hogares de vuestros campos.

Y, decidme gentes de Orphalese, ¿qué tenéis en estas casas? ¿Y qué es lo que guardáis con puertas atrancadas?

¿Tenéis paz, la quieta fuerza que revela vuestro poder?

¿Tenéis recuerdos, los lucientes arcos que unen las cumbres más altas de la mente?

¿Tenéis belleza, que lleva el corazón desde las cosas hechas de palo y de piedra hasta la montaña sagrada?

Decidme, ¿tenéis esto en vuestras casas?

O tenéis solamente comodidad y el sensualismo de la comodidad, esa cosa furtiva que llega a la casa como forastero, después es huésped y por último dueño?

Sí, y se convierte en un dominador, y con garfios y disciplinas convierte en títeres vuestros más grandes deseos.

A pesar de que sus manos están cubiertas de seda, su corazón es de hierro.

Os mece para dormiros con el solo fin de quedarse junto a vuestra cama y burlarse de la comodidad de la carne.

Hace burla de vuestros sanos sentidos y los pone sobre el papo del cardo semejante a frágiles barcos.

Verdaderamente que el deseo por las comodidades mata la pasión del alma, y luego va con sonrisa burlona al funeral.

Pero vosotros hijos del espacio, sin descanso en el descanso,

no seréis cazados en la trampa ni seréis domados.

Vuestra casa no será un ancla sino un mástil.

No será una película reluciente que cubra una herida sino un párpado que proteja el ojo.

No plegaréis vuestras alas para poder pasar por las puertas, ni bajaréis vuestras cabezas para no golpear contra el techo, ni dejaréis de respirar por temor de que se rajen las paredes y vengán al suelo.

No viviréis en tumbas hechas por los muertos para los vivos.

Y a pesar de su magnificencia y esplendor, vuestra casa no guardará vuestros secretos ni cobijará vuestros anhelos.

Porque aquello que es sin límites en vosotros, vive en la mansión de los cielos cuyas puertas son la niebla de la mañana y sus ventanas las canciones y los silencios de la noche.

Y el tejedor dijo: Háblanos de las ropas.

Y él contestó:

Vuestras ropas ocultan mucho de vuestra belleza, sin embargo no ocultan lo que no es bello.

Y a pesar de que buscáis en las prendas la libertad de ocultar, quizás podréis encontrar en ellas un yugo y una cadena.

Así pudiérais oponer al sol y al viento más vuestra piel y menos de vuestros vestidos.

Porque el aliento de la vida está en la luz del sol y la mano de la vida en el viento.

Algunos de vosotros decís: "Es el viento del norte quien ha tejido las ropas que llevamos".

Y yo ligo: Sí, fue el viento del norte,

Pero la vergüenza fue su telar y el relajamiento de los tendones sus hilos.

Y cuando su trabajo fue terminado, él se rió en la floresta.

No olvidéis que el recato es un escudo contra el ojo del impuro.

Y cuando el impuro ya no exista, ¿qué será el recato sino una limitación y una suciedad de la mente?

Y no ovidéis que la tierra se deleita en sentir vuestros pies desnudos y el viento ansía jugar con vuestros cabellos.

Y un mercader dijo: Háblanos del Comprar y del Vender.

Y el contestando dijo:

Para vosotros la tierra rinde sus frutos, y no pasaréis necesidades si sólo sabéis cómo llenar vuestras manos.

Es en el intercambio de los dones de la tierra que encontraréis abundancia y estaréis satisfechos.

A menos que el intercambio sea en amor y en bondadosa justicia, os llevará a algunos a la codicia y a otros al hambre.

Cuando en la plaza del mercado, vosotros, trabajadores del mar, de los campos y de los viñedos, os encontraréis con los tejedores y los alfareros y con los que cosechan las especies,

Invocad entonces el supremo espíritu de la tierra para que venga en medio de vosotros y santifique los cálculos y las balanzas que pesan los valores contra los valores.

Y no sufráis al de mano estéril tomar parte en vuestras transacciones que venderían sus palabras por vuestro trabajo.

A tales hombres deberíamos decirles:

"Venid con nosotros al campo o id con nuestros hermanos al mar y arrojad vuestra red;

Pues la tierra y el mar serán generosos con vosotros como con nosotros".

Y si vinieran cantores y danzarines y tocadores de flauta, comparadle también sus dones.

Pues ellos también recogen frutos e incienso y, aquellos que traen, a pesar de estar hecho de sueños, son ropas y alimento para vuestra alma.

Y, antes de dejar la plaza del mercado, ved que ninguno haya tomado su camino con las manos vacías.

Porque el supremo espíritu de la tierra no dormirá lleno de paz sobre el viento hasta que las necesidades del más humilde de vosotros no estén satisfechas.

Entonces uno de los jueces de la ciudad se adelantó y dijo: Háblanos del Crimen y del Castigo.

Y él respondió diciendo:

Es cuando vuestro espíritu vaga sobre el viento,

Que vosotros, solos y sin guarda, cometéis un mal a otros y en consecuencia a vosotros mismos.

Y por ese daño hecho debéis llamar y esperar un tiempo sin ser oídos, a la puerta de los benditos.

Como el océano es vuestro Yo-divino;

Permanece por siempre puro.

Y como el éter sólo levanta a los que tienen alas;

Aún como el sol es vuestro Yo-divino;

No conoce los caminos del topo ni busca las cuevas de la serpiente.

Pero vuestro Yo-divino no mora sólo en vuestro ser.

Mucho en vosotros es todavía hombre, y mucho no es aún hombre,

Sino un pigmeo informe que anda dormido en la bruma buscando su propio despertar.

Y del hombre que hay en vosotros quisiera ahora hablar.

Porque es él y no vuestro Yo, ni el pigmeo en la bruma quien conoce el crimen y el castigo del crimen.

A menudo os he oído hablar de alguien que comete un error como si él no fuera uno de vosotros sino un extraño entre vosotros, y un intruso en vuestro mundo.

Pero yo digo que así como el Santo y el justo no pueden levantarse más allá de lo más alto que hay en cada uno de vosotros.

Así el perverso y el débil no pueden caer más bajo que lo más bajo que hay también en vosotros.

Y como una simple hoja no amarillea sino con el conocimiento silencioso del árbol entero,

Así el perverso no puede hacer el mal sin el oculto deseo de todos vosotros.

Como en procesión camináis juntos hacia vuestra Divinidad, Sois el camino y quien lo anda.

Y cuando alguno de vosotros cae, cae para aquellos que están detrás suyo; un aviso de un tropezadero.

Sí, y él cae para aquellos que van delante de él, quienes a pesar de sus pies más seguros y ligeros no quitaron sin embargo, la peligrosa piedra.

Y esto también, aunque la palabra oprima fuertemente vuestros corazones:

El asesinado no es irresponsable de su propia muerte,
 Y el robado no está exento de la culpa de ser despojado
 El justo no es inocente de las acciones del perverso,
 Y el de manos puras no está limpio en los hechos del telón.
 Sí, el pecador es a menudo la víctima de los dañados,
 Y aún más a menudo, el condenado es quien lleva el peso de
 los buenos y de los sin falta.
 No podéis separar el justo del injusto y el bueno del perverso;

Porque ellos están juntos delante de la cara del sol, así
 como la hebra negra y la blanca son tejidas juntas.

Y cuando la hebra negra se rompe, el tejedor debe mirar
 el tejido entero y examinar también el telar.

Banco de Florida

INDEPENDENCIA 718

<p>Casa</p> <p>Hernández Hnos.</p> <p>Independencia 821</p>	<p>King David de COSTA Hnos. Diarios y revistas</p> <p>Kiosco Pza. Asamblea Sucursal: Independencia 606</p>
<p>Escritorio Contable</p> <p>Montaldo - Alvarez</p> <p>U. Barreiro 480</p>	<p>BARRACA</p> <p>"Palermo"</p> <p>J. E. Rodó 470</p>
<p>Mueblería</p> <p>"La Americana"</p> <p>Independencia y Barreiro</p>	<p>Marinero</p> <p>Artículos para hombres</p> <p>Independencia 640</p>
<p>Librería</p> <p>"San Roque"</p> <p>A. M. Fernández 616</p>	<p>Bazar "Capri"</p> <p>A. M. Fernández 850</p>

PROFESIONALES

Dr. Jacobo Zibil Médico A. M. Fernández 504 - T. 170	Angel Spinelli Arquitecto Baltasar Brum 867
Dr. Juan A. Riva Médico J. E. Rodó y A. M. Fernández Tel. 111	Alberto Riva Buglio Contador Independencia 828
Dr. Alfredo González Médico A. M. Fernández 622 - T. 97	Julio Alzati Escribano A. M. Fernández 582
Dr. Marcos Schwartzmann Médico Gallinal y Cardozo - Tel. 596	José Luis de Crecenzio Escribano J. I. Cardozo 377 - Tel. 516
Dr. Alberto M. Rosselli Médico J. I. Cardozo 436	José L. Mattos Escribano Independencia 786
Dr. Raúl E. Rodríguez de Vecchi Abogado Independencia 490 - Tel. 315	Dr. Wilson R. Monti Grané Veterinario Dr. Guglielmetti 644
Dr. Daniel Susena Dentista J. I. Cardozo 436	Teresa Lamaita de Maquioli Obstétrica A. Gallinal 440

BANCO DE CREDITO Sucursal Florida Independencia esq. Rivera	Caja Popular LA PIEDRA ALTA Independencia 792
Joyería y Bazar "El Mundo" Independencia 636	Vicente M. Bruno Giani Constructor U. Barreiro 367